

CAPILLA ALFONSO X

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

III.

NO TENDEIS Á LA BIBLIA.

En las veinte y cuatro horas que siguieron, mess Lethierry no durmió, ni bebió, ni comió; besó en la frente á Deruchette, se informó de Clubin, del cual no habia aun noticias, firmó una declaracion renunciando á formular queja alguna, é hizo poner á Tangrouille en libertad.

Durante todo el dia siguiente estuvo medio apoyado en la mesa del despacho de la Duranda, ni en pie, ni sentado, respondiendo con afabilidad cuando se le hablaba.

Por lo demás, estando ya la curiosidad satisfecha, la soledad reinaba en los Bravées. Hay mucho deseo de ob-

servar en el afán de compadecer que manifiestan las gentes.

Se había vuelto á cerrar la puerta, y se dejaba á Lethierry solo con Deruchette.

La luz que brilló un instante en los ojos de Lethierry se había extinguido, y volvió á aparecer en ellos la mirada lúgubre del principio de la catástrofe.

Por consejo de Gracia y de Dulce, Deruchette, inquieta, había puesto á su lado, sin decir una palabra, un par de medias que estaba haciendo cuando llegó la fatal noticia.

Sonrió amargamente, y dijo:

—Me tienen sin duda por imbécil.

Después de un cuarto de hora de silencio, añadió:

—Esas manías son buenas cuando uno es feliz.

Deruchette había hecho desaparecer el par de medias, y se aprovechó de la ocasión para hacer desaparecer también la brújula y los papeles de á bordo, que mess Lethierry miraba demasiado.

Por la tarde, poco antes de la hora de tomar el té, se abrió la puerta, y entraron dos hombres vestidos de negro, uno viejo y otro joven.

Al joven quizás le hayamos visto en algun punto de nuestra narración.

Los dos tenían un aspecto grave, pero su gravedad era diferente; el viejo tenía la gravedad que pudiéramos llamar de estado, y el joven la gravedad de naturaleza. La una la da el traje, la otra la da el pensamiento.

Como indicaba bien la manera de vestir uno y otro, eran los dos eclesiásticos, perteneciendo los dos á la religión establecida.

Lo que respecto del joven hubiera á primera vista llamado la atención del observador es que su gravedad, que era profunda en su mirada y resultaba evidentemente de su alma, no resultaba en manera alguna de su persona.

La gravedad admite la pasión, y la exalta depurándola, pero aquel joven era, antes que todo, hermoso.

Siendo sacerdote, debía tener por lo menos veinticinco años, y parecía tener diez y ocho. Ofrecía una armonía que es también un contraste; en él el alma parecía hecha para la reflexión, y el cuerpo para la pasión.

Era rubio, rosado, fresco, muy fino y muy suelto en su severo traje, con mejillas de niña y manos delicadas; tenía un modo de andar vivo y natural, aunque reprimido.

Todo era en él encanto, elegancia y casi voluptuosidad.

La belleza de su mirada corregía su exceso de gracia. Su sonrisa sincera, que descubría sus dientes de niño, era pensativa y religiosa. Tenía la gentileza de un paje y la dignidad de un obispo.

Sus espesos cabellos, tan rubios que parecían dorados, coronaban un cráneo elevado, cándido y bien hecho.

Una ligera arruga de doble inflexión entre las dos cejas despertaba confusamente la idea del pájaro del pensa-

miento cerniéndose, con las alas desplegadas, en medio de su frente.

Se veía en él uno de esos seres benévolos, inocentes y puros, que progresan en sentido inverso de la humanidad vulgar, porque la ilusión les hace discretos y la experiencia entusiastas.

Su juventud trasparente dejaba ver su madurez interior.

Comparado con el eclesiástico de cabellos grises que le acompañaba, á la primera mirada parecía el hijo, y á la segunda parecía el padre.

El viejo era el doctor Jaquemin Hérode. Pertenecía á la alta Iglesia, la cual es casi un paganismo.

El anglicanismo estaba ya en aquella época trabajado por las tendencias que se han afirmado despues y condensado en el pureismo.

El doctor Jaquemin Hérode pertenecía á aquel matiz anglicano.

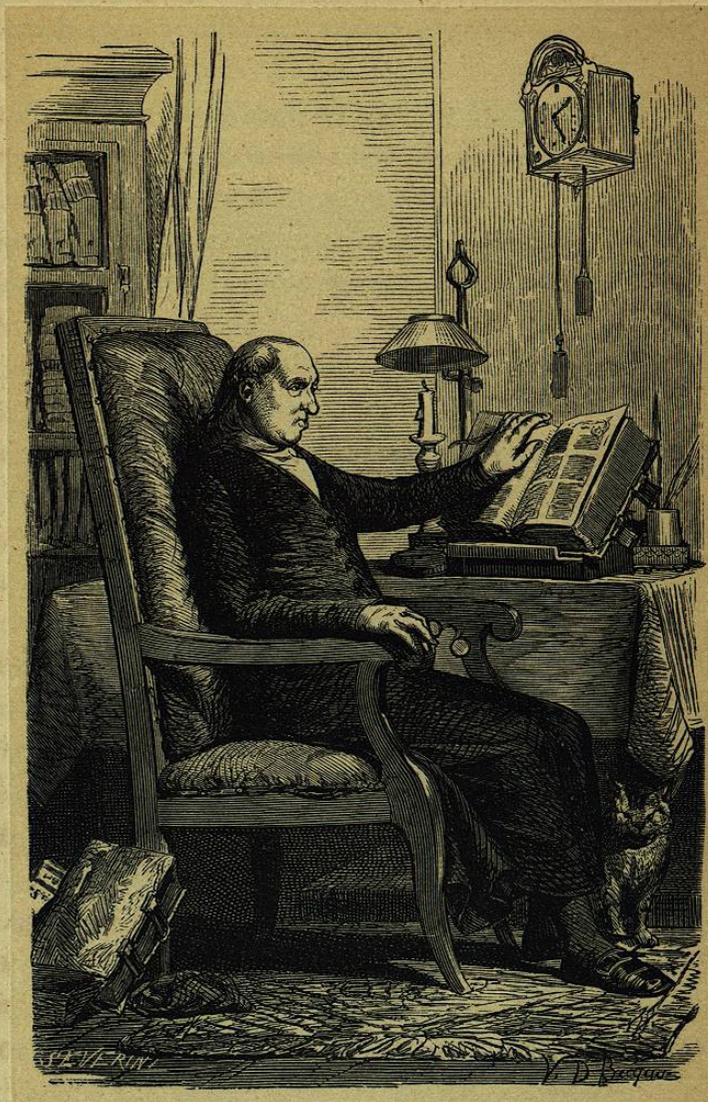
Era altivo, correcto, severo y superior. Su rayo visual interior salía apenas fuera.

Tenia por espíritu la letra. Fuera de esto, era altanero.

Todas sus maneras eran las de un personaje.

Menos parecía un reverendo que un monseñor. Su sobretodo tenía hasta cierto punto el corte de una sotana. Su verdadero medio hubiera sido Roma. Era prelado de cámara, nato.

Parecía haber sido creado espresamente para adornar



EL DOCTOR JAQUEMIN HÉRODE.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

19do. 1625 MONTERREY, MEXICO

un papa, y para marchar detrás de la silla de manos, con toda la corte pontificia, *in abitto paonazzo*.

El accidente de haber nacido inglés, y una educación teológica más inclinada hacia el Antiguo Testamento que hacia el Nuevo, le habían separado de su gran destino.

Todos sus esplendores se resumían en esto: ser rector de Saint-Pierre Port, dean de la isla de Guernesey y coadjutor del obispo de Winchester. Su posición era seguramente gloriosa.

Esta gloria no impedía que, todo bien considerado, M. Jaquemin Hérode fuese bastante buen hombre.

Como teólogo, estaba bien colocado en el concepto de los conocedores, y formaba casi autoridad en la curia de los Arches, en aquella Sorbona de Inglaterra.

Tenia cara de docto, un exagerado movimiento de ojos de hombre capaz, las ventanas de la nariz velludas, los dientes visibles, el labio superior delgado y el inferior grueso, varios diplomas, una buena prebenda, amigos aristócratas, la confianza del obispo, y una Biblia siempre en el bolsillo.

Mess Lethierry estaba tan completamente embebido en sus meditaciones, que todo lo que pudo producir la entrada de los dos curas fue un imperceptible fruncimiento de cejas.

M. Jaquemin Hérode se adelantó, saludó, recordó, en algunas palabras sóbriamente altivas, su promoción reciente, y dijo que venía, según costumbre, á «introducir» cerca de los notables, —y en particular cerca de mess